

La furia no anuncia del hórrido estrago,
 En medio á las zarzas, siquiera una cruz.
 ¿Dó está de las huestes el ímpetu fiero?
 ¿Dó están los destrozos del crudo cañón?
 ¿Qué es ya de la saña del bravo guerrero?
 ¿El fuego qué se hizo del noble bridón?
 El sitio no marca ni tumba ni losa
 Do fué su victoria ó amargo sufrir:
 Señala al viajero tan sólo una fosa,
 Do bravos sin cuento quisieron morir.
 ¿Son éstos ¡oh gloria! tus premios dorados?
 ¿Así de tus siervos se paga el sudor?
 ¿Sepulcro y cadáver, al par olvidados;
 Renombre que pasa cual leve vapor?

1858.



A LA BATALLA DE CASTELFIDARDO.

Llegó la hora fatal. La turba impía
 De sabaudos ladrones, agitada
 Por el feroz demonio
 De la Impiedad, cayó desenfadada
 De Pedro sobre el santo Patrimonio.
 Del Pontífice augusto
 Los escasos guerreros, sorprendidos
 Bajo el sardo cuchillo sucumbieron:
 Nada el brazo robusto,
 Nada sirvió el valor á los vencidos.
 De la invasora hueste innumerable
 Al improviso asalto,
 Se abrieron los castillos mal seguros,
 Y cayeron de villas y ciudades
 Los mal guardados muros;
 De las Llaves la enseña veneranda
 Rota y hollada se miró doquiera,
 Y la sangrienta tricolor bandera
 Victoriosa ondeó sobre los campos
 Que á la Iglesia legara Constantino.
 El Piamontés sacrílego, orgulloso

Con tan fáciles triunfos, su camino
 A la Eterna Ciudad siguió insolente.
 «Sonó tu hora postrera
 (Exclamó el insensato en su locura),
 ¡Oh ciudad de los Papas altanera!
 Es tiempo ya que tu soberbia frente
 Se abaje ante las huestes de Saboya:
 Tiempo es que nuestro augusto soberano
 Su nuevo regio solio
 Fije sobre el antiguo Capitolio.
 Propicia la Fortuna
 Lo lleva ya al temido Vaticano,
 Do el áureo cetro empuñará su mano
 De Italia eterna, indivisible y una.
 Temblad, temblad, de Roma imbeles hijos;
 Tiembla tú, coronado Sacerdote:
 Nada te librá de nuestra saña,
 ¡Oh de la Ausonia azote!
 Un soplo derribó cual débil caña
 Los tiranos de Módena y Etruria;
 Arrebatamos Parma á su Princesa;
 Oro y arte nos dieron tu Romaña.
 De nuestras bravas tropas á la furia
 El siciliano resistir no pudo;
 De Nápoles rendimos los castillos,
 Ni al calabrés indómito sus rocas
 Sirviéronle de escudo.
 El Austria misma, el Austria formidable
 Rindióse á las sabáudicas legiones,
 Retrocedió al lucir de nuestro sable

Y al tronar nuestros bélicos cañones;
 Nuestro valor proclaman y su afrenta,
 Solferino y Milán, Como y Magenta.
 »¿Y tú podrás, oh Roma,
 El ímpetu atajar de nuestras armas?
 Tus rayos ya no hieren,
 Y tu arrogancia ejércitos no doma.
 A tu voz ya no tiemblan los monarcas,
 Ni acuden las naciones
 A vaciar sus tesoros en tus arcas,
 A abrazar tus fanáticos pendones.
 ¿Con plegarias acaso
 A nuestros incontables batallones
 Impedir piensas el sangriento paso?
 Depón, oh desdichada, tu tiara,
 Y dentro las antiguas catacumbas
 Asilo á tu Pontífice prepara.
 La Francia poderosa,
 A quien en vano tu defensa fias,
 A abandonar tus torres se dispone;
 Y ¡ay de tu escasa gente
 Si á nuestras armas resistencia opone!
 ¡Ay del triste puñado de extranjeros
 Con cuyo endeble brazo
 Osas desafiar nuestros guerreros!
 Sus cuerpos lanzaremos al profundo
 Mediterráneo mar, y sabrá el mundo
 Que Italia ni una tumba en su regazo
 Concede al mercenario, que hoy aleve
 Su libre suelo á mancillar se atreve.»

Del Piamontés impío
 Conmueve al universo el grito infame;
 Y del sagrado río,
 Que el Vaticano muro ilustre lame,
 Acude á la ribera,
 De Pedro tremolando la bandera
 La juventud más noble y esforzada
 Que en el mundo católico respira.
 De Bélgica la flor; de la postrada
 Irlanda lo más fuerte y más lucido,
 Y lo mejor que la Polonia admira,
 A atajar el ejército aguerrido
 Del sacrílego sardo, á toda vela
 De religión al grito, á Roma vuela;
 Y veloces lo siguen de Germania
 Mil jóvenes y mil, y mil franceses
 Y de España también y Lusitania.

Los no probados bélicos arneses
 A toda prisa visten. Nunca el trueno
 Oyeron del cañón; jamás al cinto
 Daga llevaron ú homicida espada:
 Ni vieron nunca atravesar el seno.
 De guerrero feroz, punta acerada.
 En el quieto recinto
 De áureo palacio, ó claustro solitario,
 Ya la pluma pacífica esgrimían,
 Ya á mecer aprendían
 Las cadenas del místico incensario;
 Ni de la celda ó del hogar querido
 Volarían jamás al campamento,

Si del Pastor Supremo el sacro acento
 No los sacara del paterno nido.
 En la nueva milicia,
 Si alguien ostenta fuerzas y pujanza,
 Al cayado las debe, no á la lanza:
 Y portento aparece de pericia,
 Y cual nadie aguerrido y belicoso
 Quien derribó cazando ciervo ú oso.
 ¡Oh Piamontés, detente!
 Aunque logres quizá fácil victoria
 Sobre esta heroica, pero imbele gente,
 De ella, y no de tu rey, será la gloria.
 Un instante no más, un solo instante
 Deja que el vencedor de Constantina
 Al noble, y al labriego y estudiante
 Amolde á la guerrera disciplina;
 Y sin manchar tus bélicos blasones,
 Podrás sobre la hueste improvisada
 Lanzar una tras otra las legiones
 De tu incontable armada.
 Un momento no más; basta un momento
 Al que humilló en Argel la Media-Luna
 Para llevar con próspera fortuna
 A luchar en el campo, uno con ciento.
 ¡Ah! Bien lo sabe el que robado trono
 Llenando usurpador, la inicua trama
 Dirige contra el manso Pío Nono;
 Y *Corred, acudid*, grita cobarde;
Con impetu asaltad, ó será tarde.
 Así el César francés pérfido clama,

Y obediente á su voz el sardo siervo,
Del Pontífice-Rey sobre las huestes
Cohortes mil y mil lanza protervo.

¡Aguarda, Piamontés! No todavía
Las coronas aprestes
Para tus estandartes triunfantes,
Ni de tus armas la victoria cantes.
De los nobles Cruzados la hidalguía
Suplirá á la pericia del contrario,
Y á enteros escuadrones hará frente
Un solo lidiador de ese valiente
Ejército que llaman *mercenario*.

¡Ay! El cañón ya truena
De Loreto en redor; junto á la casa
Que consagró la Virgen Nazarena.....
Y aun no se junta ni la guardia escasa
Defensora de Dios y del Papado.
¡Son una multitud contra un puñado!

Pero ¿cómo no avanza
La inmensa veterana muchedumbre,
Y en rápida carrera
Cómo no se apodera
De la mal guarnecida y baja cumbre?
¿Cómo puede una lanza
Contener de mil lanzas el empuje?
¿Cómo el aislado acero
De inexperto guerrero
Se opone á ciento y sin romperse cruje?
¿Visteis allá en la etrusca Volaterra
Al vendaval hiriendo las vetustas

Murallas ciclopéas? Sus robustas
Piedras enormes no une algún cemento
Ni betún entre sí; ni fundamento
En la que las sostiene, árida tierra,
Profundo las enclava;
Pero fuertes é inmóviles resisten
Al aquilón más rudo,
Que en tantos siglos derribar no pudo
Su mole sin igual. Mas cuando lava
Larga lluvia invernal el frágil suelo
En que se apoya, ¿qué poder, qué roca
Podrá oponerse á la tormenta loca
Y á los torrentes que despide el cielo?
Una tras otra entonces las gigantes
Piedras se precipitan,
Y majestuosas al caer, más que antes
La admiración excitan;
Y exclama al contemplarlas el viajero:
*«No es el triunfo, no, de la corriente
Que en el lugar primero
Donde reinabais os hirió insolente,
Cesó la tempestad; el viento calla;
Mas vosotras formáis nueva muralla,
Que derribar no pueden tempestades
Ni diluvios ya más: vuestra es la gloria;
Es vuestra sobre el tiempo y las edades
La desigual victoria.»*

No de otra suerte el aluvi6n se estrella
Del piamontés ejército ante el muro
De la bizarra hueste pontificia.

Ni lanzas ni cañones hacen mella
 En el cristiano zuavo, muy más duro
 Que piedra ciclopéa; ni pericia
 Adquirida en combates, ni una larga
 Militar disciplina, ni el idioma,
 La patria, ó profesión, ó estado liga
 Soldado con soldado; pero aliento
 La Fe de Cristo y el amor á Roma
 Á todos presta; y la furiosa carga
 Les hace resistir de la enemiga
 Veterana legión. Tu fuerte acento
 Nuevo valor infunde,
 Que al rechazado Piamontés confunde,
 ¡Oh vencedor de Abd-el-Kader famoso!
 ¡Las árabes campañas
 Vieron jamás las ínclitas hazañas
 Con que terror y confusión y susto
 Siembra en los invasores batallones
 La intrepidez de *Pimodán* robusto?.....
 Á él, á él, aceros y cañones,
 Oh sardos, dirigid. Vuestros bridones
 Cérquenlo sin tardanza,
 Si no queréis perder toda esperanza.....
 ¡Cayó! Lo cubre la enemiga nube
 Como á la mies en el lejano Oriente
 Langosta destructora; y su alma sube
 Llena de gloria al Dios omnipotente.
 ¡Cayó! y en su caída majestoso
 Más aún que en la lucha, tal respeto
 Infunde por doquier, que el fuego cesa

De la invasora hueste piamontesa.
 ¡Cayó! y en derredor monte glorioso
 De mártires exánimes hacina
 La sabauda segur; sangriento lago
 Al luchador terrífico circunda,
 Y de CASTELFIDARDO, ancho torrente
 Baja por la colina,
 Que la llanura asolador inunda
 Con sangre del herido combatiente.
 ¡Cuán pocos, ay, cuán pocos sobreviven
 Tras el largo combate! Ya ni aceros
 Les quedan que esgrimir á los guerreros
 Del Pontífice-Rey; hechos pedazos
 Y la punta clavada en corazones
 Enemigos están; mientras reciben
 Sus fuertes dueños con inermes brazos
 La carga de los frescos batallones
 Que lanza el Piamontés á cada instante.
 Ya no es dado luchar. Cese el conflicto.
 ¡*Lamoricière* invicto!
 Apresta ya á los hierros inhumanos
 Las no domadas manos
 Que á Abd-el-Kader rompieron el alfanje;
 Pero eleva tu frente,
 Que el piamontés torrente
 Sumerge, mas no humilla á tu falange.
 ¡Del Nono Pío heroicos defensores!
 Vuestro insigne desastre os da más gloria
 Que al Sardo su sacrílega victoria.
 No los falsos honores

Con que el mundo á sus siervos envanece
 El Dios de las batallas os ofrece.
 La palma de los mártires sublime
 Os traen sus alados mensajeros
 En vez de los aceros,
 Que vuestra yerta mano ya no esgrime.
 Aureola esplendente
 En el celeste alcázar os espera,
 Y en la tierra os aguarda indeficiente,
 Fama imperecedera.
 Os admira la Iglesia; y la remota
 Posteridad exclamará asombrada,
 Vuestra historia al saber: «¡Bella derrota;
 Veinte triunfos vale esta jornada!
 Á los reyes de Europa coligados
 De Dios contra el Ungido, á innumerables
 Legiones de impertérritos soldados,
 De un puñado de jóvenes los sables
 Supieron contener: el sacro trono
 Conservaron, muriendo, á PÍO NONO.»



Á FERNANDO DE HERRERA.

ODA LEÍDA Y PREMIADA
 EN LOS JUEGOS FLORALES DE SEVILLA, EL AÑO DE 1880

¡Generosa ciudad, de España Atenas,
 Ilustre por saber y poderío,
 Que extiendes hoy á mí tu regio manto!
 Permite que postrado en las arenas
 Del que es tu gloria, caudaloso río,
 Te ofrezca yo el tributo de mi canto.
 Al vate que á Lepanto
 Da, más que el vencedor, renombre eterno,
 De la bella Heliodora
 Amante casto y tierno,
 A celebrar con cítara sonora
 Por ti llamado vengo, alma Sevilla,
 Del orbe todo encanto y maravilla.

Hoy más que nunca, oh lira, lira amada,
 Sublimes ecos de tus cuerdas de oro
 Mi palpitante corazón espera.
 Podrá tal vez avena destemplada
 De los pastores agradar al coro

Y las selvas llenar canción rastrera;
 Pero el divino Herrera,
 Por quien de Tasso, y de Petrarca, y Dante
 La gloria se obscurece,
 La cítara sonante
 Del Tebano cantor sólo merece.
 De Austria cantaste al juvenil guerrero.
 ¿Quién loarte sabrá, Píndaro ibero?

¡Oh del Guadalquivir sagradas ninfas!
 Vosotras que escuchabais largas horas
 De sus melífluos labios el acento,
 Dejad que guste vuestras dulces linfas,
 Más que las de Hipocrene inspiradoras,
 Y á mi musa gentil prestad aliento.
 El músico instrumento
 Que os legara Fernando en grata herencia,
 Por vuestro plectro herido,
 Su celestial cadencia
 Haga vibrar armónica en mi oído;
 Y, si mi pecho á lo posible aspira,
 Regaladme una cuerda de su lira.

¡Betis divino, padre á quien adoro!
 Sé que al oír cantar en tu ribera
 Te hace dejar tu lecho el regocijo.
 ¿La inspiración que distes aun al moro
 La negarás acaso á quien venera
 Tu sacrosanto numen como un hijo?
 Tú del famoso Arguijo,

De Pacheco, y de Céspedes y Rioja
 Colocas en la frente
 El lauro que deshoja
 De Fernando en la sien Parca inclemente,
 Y donas cada siglo á vate nuevo
 En tus orillas el laurel de Febo.

Hoy te lo pido yo, huésped errante,
 Mas no para ceñirme temerario
 La que no merecí, verde corona.
 Será para tu Herrera, que triunfante
 Hoy despedaza el fúnebre sudario,
 Y el no olvidado túmulo abandona.
 Sevilla galardona
 El ingenio y virtud de su Fernando
 Coro de trovadores
 Insignes convocando
 Que armoniosos celebren sus loores,
 Y al vate que *divino* el mundo llama
 En el templo coloquen de la Fama.

Se mueve el agua ya. ¡Callad, profanos!
 Sale del antro de cristal el Betis.
 Doblád ante su numen la rodilla.
 Él es: los ojos verdes soberanos
 Hijo lo dicen de la bella Tetis.
 Con el óleo que mana de la orilla
 Su hirsuto pecho brilla.
 En la cabeza y coronada frente
 Lucir el oro veo

Que arrastra su corriente,
Y enrédase en el brazo giganteo
Su barba secular, luenga y undosa
Más que las trenzas de la Cipria diosa.

Con la nervuda mano el rojo labio
Enjuga silencioso; en torno gira
Con majestad la vista, y clama adusto:
«No merece perdón tu loco agravio,
Temerario mortal. ¿Pides su lira?
No la cediera ni al cantor de Augusto.
Y aunque el brazo robusto
De Hércules arrancármela quisiera,
Jamás me vencería.
La que pulsó mi Herrera
Es, y será no más, cítara mía.
Sus alabanzas cantaré yo solo:
Musas, callad; y tú enmudece, Apolo.

»¡Oh ninfas, de mi amor cándido fruto,
Á quienes nunca abandonar agrada
De vuestro padre el cristalino lecho!
¿Dó estabais aquel día de hondo luto
En que cruel saeta envenenada
Atravesó de mi Fernando el pecho?
En lágrimas deshecho
Errar lo vi por mi ribera umbría,
Mil quejas exhalando
En flébil elegía,
Que en sus alas llevó céfiro blando;

Y Eco en su gruta repitió sonora
El dulcísimo nombre de Eliodora.

»Con su lloro aumentando mi corriente,
Me pide alivio en su dolor profundo,
Y yo os llamé mil veces; que su pena
A mitigar sin vos era impotente.
Mas vosotras quizá del Nuevo Mundo
Libres volabais por la playa amena.
¿El Plata ó Magdalena
Más os placían que mi linfa pura?
¿Son los lejanos Andes
Más bellos, por ventura,
Que las que beso yo, montañas grandes?
¿No os ablandó la voz que repetía:
Llora conmigo, Amor, la pena mía?

»En medio de sus flébiles canciones
Ronca lanzó su lira melodiosa
Voz de dolor y llanto de gemido.
Cayeron sobre ti mis maldiciones,
Tumba de Portugal, Libia arenosa,
Al escuchar el bélico alarido.
Por acero bruñido
Quise trocar mis juncos y mis cañas,
Y del hado á despecho
Por contiendas extrañas
Abandonar mis ninfas y mi lecho.
Tal fué tu magia, oh canto sobrehumano,
La rota al lamentar del Lusitano.

»*Atronador bramando el ancho Ponto*
 Me da las nuevas del estrago y muerte
 Que difunden las naves agarenas.
 Del fraterno Danubio y Helesponto
 Tiemblo al oír la desdichada suerte.
 Juzgo que tornan mis antiguas penas:
 De las duras cadenas
 Que rompió vencedor monarca santo,
 Mi cuello otra vez siente
 El peso; y hondo espanto
 Hiela mi linfa y seca mi corriente.
 Me sumerjo en mis antros, y hasta el riego
 A mis riberas dolorido niego.

»Bélica trompa súbita resuena
 Y raudo sube á la celeste altura
 El que mi Hernando entona, himno guerrero,
 Al Orco baja, y de furor lo llena:
Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció, del ancho mar, al Trace fiero.....
 ¡Salve, andaluz Homero!
 De excelsos vates ínclita corona
 Progenitor me llama:
 De todos te pregona
 Príncipe sin rival la justa Fama.
 Tus versos hacen inmortal tu nombre:
 Yo gloria te daré que al mundo asombre.»

Así termina su cantar el río,
 Y entrambas manos con fragor juntando,

Hunde en el agua la musgosa frente.
 Pues tu favor me niegas, alma Clío,
 Y no permites que al divino Hernando
 Mi cítara celebre dignamente,
 Bénevola consiente
 Que con voz no inarmónica, siquiera
 Los loores repita
 Del inmortal Herrera
 Que entona el Betis y á aprender me invita.
 Así del rojo sol toma la luna
 La luz que le ha negado la Fortuna.

